

Juan Maestre Alfonso

CHILE Y PORTUGAL: DIVAGACIONES COMPARATIVAS

En los últimos tiempos es frecuente escuchar cómo en España se realizan comparaciones entre las experiencias portuguesa y chilena; se buscan sus analogías y diferencias y se las intenta relacionar con algún nexo de unión. En realidad, si bien no se puede negar que caben comparaciones, lo cierto es que puestos a confrontar dos realidades políticas y dos proyectos sociales, lo mismo podría hacerse comparando el nuevo régimen de Portugal con el de Etiopía, o el desastroso final de Chile con el que también se sufrió unos años antes en Indonesia; o cualesquiera otras dos o más experiencias políticas. Lo que sucede, para el caso de los españoles, como también para muchos otros europeos, principalmente mediterráneos, es que tanto una como otra experiencia y los sucesos que han ido emparejados en su diferente desarrollo han impactado sensiblemente a los españoles. Chile y Portugal entre sí tienen poco de común, parten de situaciones socio-históricas diferentes y los protagonistas principales del principio o fin en cada caso respectivo —o sea las fuerzas armadas— han tenido motivaciones y proyectos de actuación antagónicos. Sin embargo, para nosotros tienen algo de común: son dos sucesos que han llegado a emocionar a una buena parte de la opinión pública.

Chile era un país prácticamente desconocido para los españoles; era sólo uno de tantos países latinoamericanos —o mejor hispanoamericanos como los designa el romántico-imperialismo oficial español. Pocos eran los españoles que se preocupaban por lo que pasaba en ese remoto país. Las elecciones que lle-

varon a ocupar la presidencia a Salvador Allende no preocuparon mucho ni a los españoles ni a sus medios de difusión. A este efecto recuerdo las circunstancias en las que me llegó la noticia del triunfo de la Unidad Popular. Fue en Burgos en unas jornadas en que bajo la docta presencia de Henri Lefebvre habían congregado a cerca de tres centenares de los representantes de la flor y nata de la "progresía" peninsular —también había portugueses. El "diario hablado" anunció el triunfo electoral de Allende en una comida a la que asistían la mayoría de los participantes y fue acogida no con más expectación que los resultados del partido Las Palmas-Levante, o la noticia de que había "marejadilla en el Estrecho".

Sin embargo el trágico desenlace del régimen de la Unidad Popular y la brutal implantación del fascismo en Chile fue el suceso que impresionó más a los españoles tres años después. El espacio dedicado en las revistas españolas a la tragedia chilena, el número de ejemplares vendidos por algunas ediciones y el tiempo en que se prolongó la "novedad" de Chile fue muy superior al empleado por ese mismo tipo de medios de difusión cuando poco más de tres meses después se produjo un acontecimiento tan fundamental como inesperado para los españoles: la muerte del Almirante Carrero Blanco.

En lo que respecta a Portugal el interés es aún mayor. No sin razón se dice que el 25 de abril de Portugal fue el acontecimiento más importante sucedido en España desde el 21 de diciembre del año anterior. Es precisamente por este doble impacto y un mismo sujeto por lo que son muy frecuentes los españoles que fuerzan las comparaciones entre Chile y Portugal.

Puestos a buscar analogías entre lo que fue un final y lo que no es más que un comienzo, hay un aspecto que les es común. Tanto la fallida experiencia chilena, como la iniciada por el Portugal nacido del 25 de abril pretenden la llegada al socialismo en un régimen de libertad y de pluralismo. También, sucede que en ambos casos se pone de evidencia, si no la imposibilidad de lograr esos fines con esos medios, sí al menos la existencia de una gran dificultad.

Igualmente se buscan paralelismos y comparaciones en el protagonismo de las fuerzas armadas, que como ya se ha dicho en un caso significó el final y en el otro el comienzo de un proceso. Lo primero que a este respecto hay que dejar bastante

claro es que el Movimiento de las Fuerzas Armadas portuguesas está muy alejado de haber sido una insurrección del Ejército como tal organización jerárquica. La mayoría de los altos oficiales fueron ajenos al golpe y si hubieran tenido ocasión se habrían opuesto a él. Sólo unos meses antes del 25 de abril se habló de un intento de golpe de ultraderecha promovido por el Almirante Thomas y que contaba con el apoyo de cerca de un centenar de generales y altos jefes. Hoy sólo queda de los antiguos jefes militares el General Costa Gomes.

Lo decisivo para que una parte de los militares portugueses se identificaran con las aspiraciones populares y se convirtieran en los promotores de un proceso de cambio progresista fue originado por la guerra colonial. Con la insurgencia de las colonias y su consiguiente proceso bélico sirvió como catalizador de una serie de modificaciones en el seno de la institución castrense lusitana; se produjeron cambios en el rol de las fuerzas armadas y en la composición sociológica de sus mandos subalternos e intermedios.

La guerra colonial supuso el que los militares portugueses tuvieron que enfrentarse con un enemigo externo. Pasaron de lo conocido a lo desconocido; de la ofensiva a la defensiva; de la institucionalización a todo los niveles a la improvisación; de la jerarquía dirigida y estática a todos los órdenes a desarrollar una nueva camaradería entre los diversos grados que eran borrados en el constante "jugarse el tipo" contra los guerrilleros en las junglas de Africa.

A partir de 1961, la situación cambió radicalmente para los militares lusitanos; había que enfrentarse con las realidades totalmente diferentes. Para una parte del Ejército, el "acoplarse al terreno" y, por tanto, adaptarse a los cambios, fue una necesidad de supervivencia. Lo fue para todos aquellos que les tocaba "dar el callo" en Africa. Pero para otro sector de las Fuerzas Armadas, tal modificación no era sustancial. Podían seguir dirigiendo la guerra desde los cuarteles generales, Capitanías, Estado Mayor, etc.; del mismo modo que antaño planificaban las maniobras militares; casi como quien juega a los soldaditos. Muy por el contrario, en Africa no había juego alguno: se moría y se mataba de verdad.

También a causa de la guerra, el contingente humano de las Fuerzas Armadas da un salto de menos de cincuenta mil a

cerca de un cuarto de millón de hombres. El servicio militar pasa de alrededor de un año, siempre reducido con permisos, a cuatro años; todavía un año más que los franceses durante la guerra de Argelia o que los israelíes que viven en constante amenaza. Y a pesar de todo, Salazar, Caetano y Franco Nogueira, el magnífico portavoz del "corporativismo lusitano", seguían insistiendo que en las "provincias ultramarinas" existía la paz y el orden...

Si el número de conscriptos aumenta, del mismo modo se eleva el de oficiales. Los cursos de ingreso y ascenso en el Ejército y la Marina se agilizan. Las puertas de las academias militares se hacen menos selectivas y el antiguo espíritu de casta existente en muchos ejércitos europeos se diluye en la cantidad. El nuevo Ejército portugués, creado como instrumento de dominio, empieza a ser difícil de dominar. Ni tan siquiera las altas esferas de su propia organización pueden estar seguras de contar con la colaboración de la base.

El movimiento de los capitanes y comandantes que han logrado derribar el armazón político de un régimen de medio siglo y que han conseguido el respaldo popular, manifestado en una orgía de alegría y de agradecimiento, que ha convertido en héroes a incógnitos soldados que jamás se imaginaron en ese papel reservado para altas dignidades, no se comprendería si no se tomara en cuenta el nuevo tipo de relaciones establecidas en las lejanas selvas de Africa entre los oficiales jóvenes—entre veinticinco y treinta y cinco años— y los soldados a sus órdenes. En la guerra, el soldado era un compañero del oficial, acercándose este último a través de su subordinado al pueblo, a la par que se alejaba de los proyectos, tan gloriosos como artificiales, de los altos jefes y de los políticos de Lisboa, todos ellos haciendo "cama redonda" con los especuladores y grandes capitostes de las finanzas y de las empresas multinacionales.

Quizá sea este el momento de hacer algunas comparaciones con otro golpe militar, casi simultáneo y dado también por casi la totalidad de las Fuerzas Armadas, pero con significado totalmente diferente: Chile. En el caso de Chile, los militares constituían una casta y su profesión era la práctica de ese mismo espíritu de casta y no la lucha contra un enemigo exterior. Sus intereses como clase eran perjudicados por las reformas

en favor del pueblo realizados por la Unidad Popular. El golpe militar chileno fue vertical y no horizontal. Y, por último, contaba una institución de la base que le era favorable. En Chile, aun a pesar de haber servicio militar obligatorio, en la práctica sólo lo hacían uno de cada diez, apareciendo un tipo de soldado profesional y desclasado. Otra cosa hubiera sido si entre los soldados hubiera habido una reproducción de la relación de fuerzas políticas existentes a nivel nacional. ¿Se hubieran cumplido las órdenes con tanta eficacia? El Partido Comunista y el M.I.R. fueron las únicas organizaciones de izquierdas que aconsejaban a sus afiliados que realizaran el servicio militar.

En el caso de Portugal se ha dado la circunstancia de que, por la existencia de la guerra colonial, los Estados Unidos no se han volcado sobre el Ejército portugués, raptándolo y prostituyéndolo, como ha sucedido en la mayoría de los países de América latina y Asia sudoriental, en los que sus Fuerzas Armadas están dotadas, entrenadas y alienadas por Norteamérica. Una actitud semejante hubiera supuesto para los Estados Unidos el enemistarse, todavía más, con las naciones del Tercer Mundo y sobre todo con los países resultantes de la independencia de las colonias, cosa que el más obtuso observador podía ver que ocurriría en un plazo más o menos indeterminado. Por ello, los militares portugueses se han visto haciendo prácticas o "stages" bien en Inglaterra o Francia, como en España o Alemania, o incluso también en los Estados Unidos, pero nunca han dependido en su formación de un solo país. Lo que ha ocasionado un mayor grado de independencia que las Fuerzas Armadas de otros países y otros ambientes. Es notable cómo la mayoría de los oficiales sublevados hablaban con extrema facilidad otros idiomas.

En otro orden de cosas los condicionamientos económicos de Portugal y Chile son bastante diferentes. Chile es un país con grandes riquezas pero éstas estaban en manos de firmas extranjeras y en lo que respecta al cobre prácticamente monopolizado por capital norteamericano. En 1967 el 40 % de los activos de las sociedades anónimas estaba controlado por el capital extranjero. Para 1969 éste alcanzaba un 35 % en la agricultura, 73,3 % en la minería, 60,6 % en la industria, 34,1 % en el comercio, 47,4 % en el transporte y comunicaciones y 24,2 %

en los servicios. Al llegar Allende a la Presidencia el capital norteamericano extraía unos beneficios superiores al millón y medio de dólares *diario*. Por otro lado, Chile se encontraba enfrentado a una de las deudas públicas mayores del mundo —la más grande después de la vietnamita y la israelí—, ascendiendo a 3.000 millones de dólares en 1970, a los que habría que agregar los intereses.

El cuadro de la dependencia económica chilena no podía ser más sombrío, sobre todo porque el cobre venía a significar un cordón umbilical que podía —como quedó demostrado más tarde— ahogar la economía del país.

El experimento portugués ha partido de condiciones que, si bien están alejadas de poder ser calificadas de buenas, si son mucho más favorables que las chilenas. La dependencia del extranjero era mucho menor, aunque nada desdeñable —164 de las 600 mayores empresas eran de capital foráneo. A pesar de que el capitalismo norteamericano ocupa una posición notable no llega ni con mucho al poder casi monopolístico existente en Chile. En Portugal se produce una concurrencia de capitales de diversa procedencia: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia, Dinamarca, Suiza, Unión Sudafricana, Japón, Suecia y hasta España. Uno de los principales alicientes de Portugal para el capitalismo internacional era el de poder utilizar la mano de obra barata en tareas de montaje. Por otro lado, el escudo portugués es una moneda de cotización internacional; el país llegó al 25 de abril con grandes reservas... Hoy una vez nacionalizados los oligopolios financieros en Portugal se han respetado las inversiones extranjeras sin que ello comprometa mucho la eficacia de la medida adoptada (1).

La situación geográfica de Portugal le ha supuesto también una ventaja en cuanto le ha ofrecido, tanto una válvula de escape a las tensiones sociales, como por ejemplo las derivadas del paro —el gran flagelo de la cesantía chilena—, como una aportación considerable de divisas, gracias a la emigración. Aunque ésta es precisamente una de las armas que el imperialismo internacional puede usar en contra del nuevo Portugal.

Desde otro punto de vista, el proceso de cambio chileno afectaba de modo negativo, por supuesto a los estratos sociales

(1) La problemática de las ex-colonias es diferente.

colocados en la parte alta de la pirámide económica, pero también a una buena parte de la clase media y hasta a lo que allí se denominaba "aristocracia del proletariado": los mineros del cobre con salarios y regalías muy superiores a los del resto de la clase obrera. En Portugal, sin embargo, la caída del fascismo ha significado un beneficio del que sólo quedan perjudicados —y en parte— los grandes capitalistas: el final de la cruenta guerra colonial. Por otro lado, se han conocido las libertades democráticas y el país, y con él todos sus habitantes han adquirido un rango de dignidad internacional desconocido anteriormente.

En lo que respecta a los aspectos políticos, las analogías y las diferencias entre los casos chileno y portugués son evidentes. En Chile lo de *antes* se parece al *ahora* portugués, en tanto que el *hoy* chileno se asemeja a la triste brutalidad del largo *ayer* del fascismo portugués.

Pasando a aspectos más concretos, se aprecia la diferencia de que en Chile se consiguió una Unidad Popular, en la que aunque se dieron divergencias tácticas y estratégicas, y alguna mínima escisión, su actuación era concorde a los fines que se habían establecido. Incluso la extrema izquierda, representada por el M.I.R. si bien no participaba de los planteamientos básicos de la U.P. daba su apoyo crítico y hasta militante al régimen presidido por Salvador Allende.

Por el contrario en Portugal no hay ningún programa común de la izquierda, cuyas divergencias aumentan de acuerdo con la progresión del proceso revolucionario. Y de la actitud provocadora de la extrema izquierda, para qué hablar...

No obstante, también en Portugal, se pueden encontrar aspectos favorables que mantenían la característica contraria en Chile —o viceversa según sea quién lo aprecie—. En Portugal no existe una derecha ni con la entidad, ni con la preparación política y subversiva de la chilena. La reacción portuguesa ha gobernado durante medio siglo sin contestación posible; el aparato del Estado era el que realizaba todas las tareas para que ella cómodamente ejerciera el poder; no había desarrollado ningún tipo de organización de lucha, pues con las de denominación le bastaba para sus fines. Una vez derrumbado el aparato fascista se ha encontrado huérfana para reaccionar frente a un proceso que le resultaba adverso; los intentos que ha hecho

para recuperar las posiciones perdidas han desembocado en estruendosos fracasos. De todas formas, ésta es una situación pasajera.

En líneas generales se puede concluir que la situación portuguesa es más favorable que la chilena en cuanto a estabilizar un proceso de cambio, en el que, por supuesto no faltaran las tensiones. El retorno al fascismo es incomparablemente más difícil en un régimen en el que la mayoría de las fuerzas armadas están en su contra, que en una situación como la de Chile en la que fue precisamente el ejército el que finalizó con todas las libertades democráticas.

Sin embargo, aún dentro de este futurible cabe prever la posibilidad de una comparación más entre estos dos países y es la de que si en Portugal llega a culminar la contrarrevolución ésta sería como la chilena sangrienta y represiva.